

EL MUNDO PINTORESCO,

ILUSTRACION ESPAÑOLA.

ESTE PERIÓDICO REGALA Á SUS SUSCRITORES DE AÑO EL IMPORTE DE LA SUSCRICION EN MAGNÍFICAS LÁMINAS Y RETRATOS.



PRECIO DE SUSCRICION.
EN MADRID..... Un mes, 8 rs.—Tres meses, 20.—Seis meses, 40.—Un año 80.
EN PROVINCIAS..... Un mes (franco de porte) 10 rs.—Tres meses, 24.—Seis meses, 48.—Un año, 96.
EN EL ESTRANJERO: Un año 120.—EN ULTRAMAR: Un año, 160.

AÑO 3.º

N.º 34.—19 Agosto 1860.

Este periódico sale todos los domingos.
Se suscribe en Madrid en el Establecimiento Lito-tipográfico de D. Juan José Martínez, calle del Arco de Santa María, n. 7.—En provincias en las principales librerías; y enviando directamente á la administracion libranza de fácil cobro ó sellos del franqueo.
Un número suelto, 3 rs. vn.

SUMARIO.

Revista de Madrid, por don Juan A. Loren y la Hoz.—Puerto de Dieppe.—A una rosa (poesía), por doña Francisca Carlota de Riego Pica.—Pascual Bruno, por A. Dumas (continuacion).—En el al'um de la señorita doña Fernanda de Autran (poesía), por don Fernando José Gargollo.—Una boda por el sistema de insaculacion, por don Ramon Real de Mendoza.—Poesía. (Traduccion de Victor Hugo.)—Historia de tres casamientos, por don A. A. de Solomayor (artículo tercero).—Las hadas y sus hechizos: cuentos alemanes por Hans Christian Andersen (cuento cuarto).—Pensamientos.—Locucion histórica: Estar bajo la espada de Damocles, por don V. J. Bastús.

LÁMINAS. El puerto de Dieppe.—Templo de Apolo.—Un naufragio.

REVISTA DE MADRID.

Bocas de Riego.—Fuentes churriguerescas.—Inmoralidad.—Mingitorias.—Adios á Hermann.—Price.—Elíseo.—Chasco.—Los millones.

Sr. D. R. R. de Mendoza.

Mi querido amigo: no gastemos tiempo y entremos en materia. La paja á quien corresponda: al grano.

Reconociendo yo como todos que el actual ayuntamiento es de los mas celosos que han administrado los intereses de esta villa, me voy á permitir hacerle notar unas cuantas necesidades que en sus muchas atenciones es posible que no prefiera, aunque á mi entender son las que reclaman mas urgente remedio.

Las bocas de riego que en todas partes van poniéndose, al utilizarse para el servicio á que se destinan, vierten siempre en las calles tanta agua, que produce lagos y lodos molestos y fastidiosos, lo cual puede evitarse facilmente preparándoles un estrecho cauce que las vierta en la alcantarilla mas inmediata.

Las fuentes de la plaza de Anton Martin, Audiencia, Santo Domingo y alguna otra, son indudablemente del peor gusto, pesadas, feas y churriguerescas, en tal extremo, que es evidentemente una necesidad demolerlas y sustituirlas con otras mas sencillas y elegantes, que no desdigan de una capital de la importancia de Madrid.

Las plazas de Bilbao, Progreso y Mayor, son de noche sitios que no pueden frecuentar las personas decentes, y mucho menos las señoras, porque ofrecen cuadros reñidos con la moral. La circunstancia de estar enclavadas en los puntos mas céntricos de la poblacion, hace estas faltas tanto mas intolerables, cuanto que producen mayor escándalo.

Tambien junto á Palacio por la plaza de Oriente, en aquella calle que desemboca en el gran patio, ocurren escenas bastante escandalosas, con especialidad en la pendiente que dá frente á la plaza.

Con dar encargo de evitar tales abusos á unos cuantos civiles, pueden evitarse estas incivildades.

Y esta es una necesidad sobre la que llamo doblemente la atencion de quien corresponda, porque viene siéndolo desde tiempo inmemorial, y una falta de tanta consideracion por tantas y tan poderosísimas razones, no se comprende por qué no se evita siendo tan fácil y tan conveniente conseguirlo.



Puerto de Dieppe.

Otra de las necesidades de otra clase, aunque no tan importante como la anterior, es suprimir esas recién puestas mingitorias, que en la calle de Jacometrezo y Desengaño se han colocado dando frente á la acera y ofreciendo un espectáculo repugnante y sucio. Todas las corrientes de agua que puedan ponerse no son bastantes á evitar el mal olor que exhalan, y especialmente la de la calle del Desengaño está tan mal colocada, que los pobres vecinos de aquella magnífica casa que hace esquina á la de Fuencarral, tienen con tenerla á la puerta el mas cruel padrastró que pueda imaginarse, habiendo además la calamidad de que en el portal se respira aquella atmósfera infecta que tambien invade la escalera.

Lo mismo el vecindario de toda la poblacion en general que el de aquella casa en particular, agradecerian su supresion al ayuntamiento infinitamente.

Es desgracia nuestra: se construye un edificio tan notable como el Congreso de los diputados, que á pesar de sus defectos es un palacio suntuoso, y en vez de situarle detrás de la estatua de Cervantes, dando frente al Prado y ofreciendo una soberbia entrada que inspirase admiracion con su grandeza y magnificencia, evitándose el gran desnivel que le afea, se le mete en fila como á un quinto, se destruye la simetría de la calle, se le encierra, se le oculta y se le pone donde no ofrece un buen punto de vista; pues se trata de hacer columnas mingitorias, la mayor parte mazacotes de piedra sin gusto ni gracia, y se colocan en todas partes, para que sin satisfacer su objeto, sirvan de estorbo y estropeen y ensucien los mejores sitios de Madrid; y como si no fuera bastante, en lugar de estar puestas en fila como el Congreso, se colocan de frente para embellecer la poblacion. Se me dirá que son una necesidad: convenido; pero háganse como la de la calle del Caballero de Gracia,

tar las Gálias y batir á Pompeyo.

Su primera muerte se la debió en gran parte á Bruto; esta otra la debe al señor Price. Julio César estaba predeterminado á morir en malas manos y de mala manera.

La cuadrilla del Circo, trasplantada á la Plaza de toros, se robustece y adquiere nuevo vigor y lozanía.

Ahora la ha tomado con las glorias. Las nuestras de Africa, las visten de ridículo que es un contento: moros, soldados, gefes, médicos, hermanas de la Caridad; todo sale á relucir, todo se mezcla y todo produce un bullicio, una algazara y un ruido, que parece imposible que tal gloria promueva tal infierno.

Lo de las hermanas de la Caridad debiera suprimirse, porque éstas parece tienen un carácter religioso que no debe servir de befa al público, y menospreciarse de este modo.

Como no gusto de ir al Circo, por recurso me metí noches atrás en el Elíseo.

El Elíseo, nocturno-bailable, misto de funcion coreográfica y de pólvora, es otra cosa que el Circo.

Allí se polka, se trisca, se danza y tienta el diablo á los concurrentes de ambos sexos á su satisfaccion.

¡La polka! La polka es á mi entender un paréntesis en el casto pudor, tan agradable en las mugeres, y un ejercicio liviano y activo, divorciado con el recato que debe serles peculiar.

Pues una vez allí, tuve la humorada de invitar... no de invitar, sino de sacar á bailar una doncella (de labor parecida) alta, ligera y fea hasta la sublimidad, que cuando la música hirió los aires y los oídos, se encontraba cerca de mi persona; y lo primero que me dijo fué, que bailaríamos poco porque queria refrescar.

—Tendrá V. alguna cita amorosa, la dije yo, sin entender la indirecta.

de hierro, ligeras, esbeltas, con cuatro lados doblemente útiles, y graciosas que pueden servir hasta de adorno.

Mi buen deseo me mueve á reclamar estas mejoras, que á mi entender son muy necesarias.

Tambien celebraria que el ayuntamiento removiese y venciera los obstáculos que se presentan á la realizacion del proyecto de enlazar en una las calles del Clavel y del Principe, arreglando las de Peligros que, segun mis noticias, tiene ya aceptado y probablemente se llevará á efecto, porque, á no dudar, esta mejora contribuirá grandemente al embellecimiento y ornato de esta capital.

Peró basta de asuntos municipales: saludemos á Hermann.

Hermann, mi querido Hermann se vá de entre nosotros: al ausentarse deja en España y especialmente en Madrid, infinidad de simpatías; su despedida ha correspondido á su permanencia y nos saluda afectuosamente: reciba mi adios y lleve la seguridad de que su habilidad y buenos sentimientos quedarán entre nosotros un agradable recuerdo.

Y aunque no con tanto agrado hablemos dos palabras sobre el

CIRCO DE PRICE.

Segun sus amenos, enormes y elocuentes carteles, porque yo no he tenido valor para volver, ahora se ocupan de La Muerte de Julio César, novedad del orden de las que allí se ejecutan.

¡Pobre Julio César! A saber él donde habia de parar su gloria, no se hubiera molestado para adquirirla en conquis-

—No, señor; y si V. quiere convencerse, puede V. acompañarme.

—Gracias; pero V. no debe tener el pecho libre, la dije; y así debía de ser, porque el corsé la aprisionaba fuertemente.

—Sí, tengo papeles en el corazón, me dijo la taimada.

—Pues entonces, contesté, parecerá una chuleta á la papillot.

—¡Ola! ¿tambien V. entiende de cocina?

—Ese tambien, quiere decir, que V....

—No, señor; sino que uno de mis adoradores...

—¡A V. la adoran! dije lleno de pasmo.

—Por lo menos así me lo dicen.

—No se fie V. de los hombres, mire V. que son muy falsos y pueden engañarla á V. lastimosamente.

—A mí no me la pegarán tan fácilmente: yo he leído á Ana Bolena, me replicó con cierta entonación.

—Entonces lo veo mas difícil.

—Ya ve V.

—De todos modos, pensé yo, cualquiera que te pretenda, mas que engañarte, se engañará á sí mismo.

—Baila V. muy bien, me dijo.

—Estoy cansado, le contesté dejando de bailar, y lo estaba seguramente de mi pareja que dejé en un estremo.

Me reuní con un amigo que frecuenta mas que yo estos sitios, le narré mi desgracia y dijo que conocía á mi pareja y á su adorador.

—Le ví, añadió, en Capellanes, y no sé cómo empezó á saludarme y me trató. Un día hablábamos de un baile, al que se iba por convite, me ofreció un billete, acepté y me suplicó que me tomara la molestia de pasar á recogerlo á su casa.

Fuí, pregunté por él, juzgué que ocupaba una gran posición, porque la casa era un palacio, pero el portero me dijo con mucho aplomo: Aquí vive, pero no se entra por aquí; dé V. la vuelta á la casa, entre V. por una puertecilla, que es la primera, y pregunte V. por él en el cuarto 2.º: reformé mi juicio, subí la escalera, llamo y me encuentro en la cocina de un grande.

—Basta, basta, le dije; adivino el resultado.

—Un olor sustancioso y templado, continuó, lo llenaba todo; un pavo aquí, un pescado allí, acá un frito, allá un guisado y tres ó cuatro hombres con mandil blanco se ofrecieron á mi vista: vacilando entre irme y quedarme, turbado pregunto por el tal, y me contestan que está sirviendo á la mesa; giro para marcharme y me dicen: aquí está; miro y me le veo de gran librea con calzon corto, guante blanco de algodón, media blanca y zapato bajo; se viene á mí, toma el billete de no sé qué sitio, si vasar ó cazuela, me le dá, le tomo, me voy, salgo y le rompo calculando que podría habérselo quitado á su amo.

Calcule V. cómo me quedaria yo. Estuve por desafiarle por haberse permitido tratarme, pero reflexioné que no me podía batir con un criado.

¿Qué le parece á V., querido Mendoza, del tropiezo de mi amigo?... En Madrid estos chascos son muy frecuentes.

Y basta, y quede V. con Dios, y el poderoso Alá le proteja como podría decir Muley-el-Abbas.

¡Ah! Participo á V. que aquellos millones de que decían que si venían, si no venían, los ví entrar la noche del miércoles á cosa de las doce por la calle de Alcalá en unos carros plebeyos por su continente, magestuosos por su contenido. Vale.

JUAN A. LOREN Y LA HOZ.

PUERTO DE DIEPPE.

En el número 34 de nuestro periódico publicamos el año anterior una lámina de los baños y castillo de Dieppe; hoy damos otra que representa el puerto de la misma ciudad, á la cual creemos oportuno consagrar algunas líneas.

La ciudad de Dieppe, situada en el departamento del Sena inferior en Francia, no lejos de Neufchatel, es de regular construcción, y en ella se cuentan seis plazas públicas y sesenta y ocho fuentes que alimenta un acueducto de ladrillo de mas de una legua de largo.

Posée una escuela fabril de encajes, adonde concurren trescientos alumnos de seis á doce años de edad, una biblioteca de cuatro mil volúmenes, y un teatro.

Su puerto es muy seguro; pero su estrecha entrada está obstruida por los morrillos que en ella ha acumulado el mar, no obstante la diligencia con que se procura limpiarle soltando las esclusas de un estanque reservado para este uso.

La fama que proporcionó la duquesa de Berri á sus baños de mar, atrae todavía un gran número de extranjeros.

Tambien es célebre Dieppe por la famosa batalla que empeñó en una aldea cercana llamada Arques, el rey Enrique IV, derrotando al duque de Mayena.

De esta ciudad, en fin, salieron los primeros navegantes que descubrieron el Canadá, y los primeros franceses que fundaron establecimientos de comercio en las costas de Africa.

Á UNA ROSA.

¡Cuán bella estás en el vergel frondoso
mecida por la brisa de la tarde,
mientras del sol el rayo misterioso
en lejana region inmenso arde!

Ostentas, es verdad, menos rosado
que cuando el alba en el oriente asoma,
el color de tus hojas perfumado
con la dulce fragancia de tu aroma.

Como la virgen candorosa y pura
que á las miradas vela su inocencia,
tu encendido color y tu hermosura,
guardas al alba con tu pura esencia.

Temerosa que el aire de la noche
tu aroma al esparcir por el vacío,
hiele quizás el encendido broche,
al impregnar tus hojas de rocío.

Mas bella estás así, que cuando enhiesta
tu cáliz abres orgullosa y vana,
como reina gentil de la floresta,
el beso al recibir de la mañana.

La magnitud de mi impotencia siento
al contemplarte, perfumada rosa,
y humillo el atrevido pensamiento
tributo á Dios al elevar piadosa.

Y te contemplo con mirada ardiente,
y creo que al través de blanca nube,
mi adoracion en eco reverente
mezclada con tu aliento al cielo sube.

¿Quién dió á tus lindas hojas los colores?
¿quién á tu esbelto tallo la elegancia?
¿le cedió la alborada sus fulgores?
¿te trajo el áura leve su fragancia?

Yo con mi estéril é inesperta mano,
de la semilla que tu vida encierra,
cual átomo invisible un solo grano
deposité sobre la madre tierra.

Sin forma, sin fragancia, sin verdura,
germinando el granillo amarillento,
paso se abrió sobre la tierra dura,
las verdes hojas desplegando al viento.

Y hoy arbusto le miro floreciente
estendiendo sus ramas arrogante,
elevarse gentil sobre mi frente,
de color y de aroma exuberante.

Grande é incomprensible maravilla
que mi mente explicarse intenta en vano,
porque de Dios la obra mas sencilla
es para el hombre impenetrable arcano.

FRANCISCA CARLOTA DEL RIEGO PICA.

PASCUAL BRUNO.

Por A. Dumas.

VII.

(Continuacion.)

Una hora despues el príncipe de Butera estaba retirado en su cuarto, y sentado á su escritorio ordenaba unos papeles, cuando el cocinero entró con aire triunfador.

—¿Qué hay, Jacobo? dijo el príncipe.

—Bien os lo habia dicho, monseñor.

—Veamos, ¿qué me habiais dicho?

—Que vuestra bondad lo alentaba.

—¿A quién?

—Al capitán Altavilla.

—¿Pues qué ha hecho?

—¿Qué ha hecho, monseñor?... En primer lugar, V. E. se acordará de que le advertí que se metía el cubierto en el bolsillo.

—Sí, ¿y qué mas?

—Y V. E. respondió, que nada habia que decir mientras contentárase con el suyo.

—Me acuerdo.

—¡Pues bien! Hoy, monseñor, parece que no solo se ha metido el suyo sino los de sus vecinos, porque faltan ocho.

—Entonces es otra cosa; dijo el príncipe.

Tomó un pliego de papel y escribió:

«El príncipe Hércules de Butera tiene el honor de advertir al capitán Altavilla que, no comiendo ya en su casa, y viéndose privado, por esta circunstancia fortuita, del placer de recibirlo en adelante, le suplica se digne aceptar la friolera que le envia, en compensacion de la estorsion que esta determinacion debe causar en sus hábitos.»

—Tomad, prosiguió el príncipe, entregando cincuenta onzas al mayordomo; mañana llevareis esta carta y este dinero al capitán Altavilla.

Jacobo, sabiendo que nada habia que replicar despues de haber dicho el príncipe una cosa, se inclinó y salió; el príncipe siguió ordenando sosegadamente sus papeles. Diez minutos despues, oyendo cierto ruido en la puerta de su gabinete, levantó la cabeza y vió una especie de aldeano calabrés, de pié en el umbral, con el sombrero en una mano y un paquete en la otra.

—¿Quién vá? dijo el príncipe.

—Yo, monseñor, dijo una voz.

—¿Quién, tú?

—Pascual Bruno.

—¿Y qué vienes á hacer?

—Primero, monseñor, dijo Pascual adelantándose y vertiendo su sombrero lleno de onzas sobre el escritorio, vengo á traeros trescientas onzas que me habeis prestado; han tenido el destino que os indiqué: el meson está reedificado.

—¡Ah! ¡ah! eres hombre de palabra. Me alegro mucho de ello.

Pascual se inclinó.

—Despues, añadió tras de una corta pausa, vengo á devolveros ocho cubiertos de plata con vuestras armas y vuestra cifra, que he hallado en los bolsillos del capitán, quien probablemente los habrá robado.

—¡Pardiez! dijo el príncipe; cosa rara es que me sean devueltos por tu mano. ¿Y qué llevas en ese paquete?

—En este paquete, dijo Bruno, está la cabeza de un miserable que ha abusado de vuestra hospitalidad, y que os traigo como prueba de la adhesion que os he jurado.

—Diciendo esto, Pascual Bruno desató el pañuelo, y tomando la cabeza del capitán Altavilla por los pelos, la colocó ensangrentada sobre el escritorio del príncipe.

—¿Y qué diablo quieres que haga yo de semejante regalo? dijo el príncipe.

—Lo que os plazca, monseñor, respondió Pascual Bruno. Despues se inclinó y salió.

El príncipe de Butera estuvo un momento con la vista fija sobre aquella cabeza, meciéndose en su butaca y silbando su canción favorita; despues llamó y el mayordomo apareció.

—Jacobó, dijo el príncipe; es inútil que vayais mañana á casa del capitán Altavilla; rasgad la carta, guardad las cincuenta onzas y arrojad esa calavera al muladar.

VIII.

En la época en que acontecen los sucesos que referimos, es decir, á principios de 1804, la Sicilia se encontraba en aquel estado casi salvaje de que la sacaron en parte la residencia del rey Fernando y la ocupacion de los ingleses; la carretera que conduce hoy de Palermo á Mesina, pasando por Taormina y Catania, no estaba construida aun, y la única que existía, no digamos buena, sino practicable para ir de una á otra capital, era la que costea el mar, pasaba por Termini y Cefalu y que, abandonada á causa de su rival, apenas es frecuentada hoy mas que por los artistas que van allí á buscar los magníficos puntos de vista que á cada momento ostenta. Los únicos medios de viajar en aquel camino, donde no habia servicio de postas, eran antiguamente como hoy tambien, la mula, la litera de dos caballos ó el coche propio con tiros enviados de antemano, y dispuestos de quince en quince leguas; de suerte, que en el momento de partir para Mesina, la condesa Gemma de Castelnuovo tuvo que elegir entre estos tres medios. El viaje con mula era muy incómodo para ella; el viaje en litera, además de los inconvenientes de este modo de transporte, el principal de los cuales es la lentitud, ofrece la desventaja de marear; la condesa se decidió sin vacilar por el carruaje, y envió de antemano caballos de relevo, que debían esperarla en las cuatro estaciones que pensaba hacer en el camino; es decir, en Termini, en Cefalu, en Santa Agueda y en Malazzo.

Además de esta primera precaucion, concerniente pura y simplemente al transporte, el correo estaba encargado de tomar otra, que consistía en aglomerar en los puntos citados la mayor cantidad posible de víveres, cosa importante y muy recomendable á los que viajan por Sicilia, donde nada se encuentra que comer en las posadas, y donde generalmente no son los posaderos los que dán de comer á los viajeros, sino éstos á aquellos. Por eso lo primero que se recomienda al viajero cuando llega á Mesina, y lo último que se le encarga cuando sale, es el proveerse de víveres, comprar una batería de cocina y alquilar un cocinero: todo esto aumenta habitualmente la comitiva con dos mulas y un hombre que, apreciados modestamente al mismo precio, contribuyen á un aumento de gasto de tres ducados diarios. Algunos ingleses experimentados añaden á esta reata una mula cargada con una tienda; y preciso es confesar, á pesar de nuestra predileccion hacia tan magnífico país, que esta última precaucion, aunque menos indispensable que las otras, no deja de ser disculpable, atendido el estado deplorable de las posadas que carecen de los animales mas importantes para las primeras necesidades de la vida; pero están fabulosamente pobladas con todos los que solo sirven para atormentarla. La multiplicidad de estos últimos es tanta, que he visto algunos viajeros enfermar por falta de sueño; y la penuria de los primeros es tan grande, que he encontrado ingleses que, despues de haber agotado sus provisiones, deliberaban gravemente si se comerían á su cocinero, por serles ya completamente inútil. A eso estaba reducida en el año de gracia 1804 la fértil y rubia Sicilia, que en tiempo de Augusto alimentaba á Roma con lo superfluo de sus doce millones de habitantes.

Yo no sé si era un sábio que conocía á fondo la Sicilia antigua, ó seguramente un observador que tenia bien estudiada su Sicilia moderna, aquel cuya cena se estaba preparando en la posada della Croce, que acababa de ser construida de nuevo con las trescientas onzas del príncipe de Butera, y que se hallaba situada en el camino de Palermo á Mesina, entre Ficarra y Patti; la actividad del posadero y de su muger, que dirigida por un forastero se ejercitaba á la vez en el pescado, la caza y las aves, demostraba que aquel para quien se disponían las tortillas y el asador, era aficionado, no tan solo á no carecer de lo necesario, sino tambien de lo superfluo. Venia de Mesina, viajaba con un carruaje y caballos suyos, se habia detenido allí porque la localidad le gustaba, y habia sacado de su furgon todo cuanto era necesario á un verdadero sibarita y á un turista consumado, desde las sábanas hasta la plata, desde el pan hasta el vino. Apenas llegado, se habia hecho conducir al mejor cuarto, habia encendido perfumes en un pebetero de plata y esperaba que los manjares estuviesen dispuestos, recostado en un rico tapiz turco, y fumando en una pipa de ámbar el mejor tabaco del Monte Sinaí.

Hallábase ocupado en seguir con la mayor atencion las nubes de humo odorífero que se escapaban de su boca é iban á condensarse en el techo, cuando la puerta del cuarto se

abrió, y el posadero, seguido de un criado con librea de la condesa, se detuvo en el umbral.

—¡Escelentísimo señor! dijo el digno posadero inclinándose hasta el suelo.

—¿Qué hay? respondió sin volverse el viajero con un acento maltés muy pronunciado.

—Escelentísimo señor, es la princesa Gemma de Castell-novo...

—¿Y bien?

—Cuyo coche ha tenido que parar en mi pobre posada, por que uno de los caballos cojea y no puede continuar el camino.

—¿Qué mas?

—Y que no previendo este accidente esperaba dormir esta noche en Malazzo, donde tiene tiros, de suerte que no lleva provision alguna.

—Decid á la condesa que mi cocinero y mi cocina están á sus órdenes.

—Mil gracias, en nombre de mi señora, dijo el criado; pero como la condesa tendrá que pasar la noche en esta posada, puesto que será menester ir á buscar el tiro á Malazzo, manda preguntar si V. E. tendria la galanteria de...

—Que acepte la señora condesa mi cuarto, dijo el viajero, tal como está preparado. En cuanto á mí, estoy acostumbrado á las privaciones y me contentaré con un cuarto cualquiera. Bajad á prevenir á la condesa que puede subir y que el cuarto queda libre, mientras que el posadero me acompañará donde mejor pueda.

Diciendo esto, el viajero se levantó y siguió al posadero; en cuanto al criado, volvió á bajar al punto para cumplir con su mision.

Gemma aceptó la oferta, como una reina á quien el súbdito rinde homenaje, y no como una muger á quien un extranjero presta un servicio; estaba tan acostumbrada á verlo todo ceder ante su voluntad, su voz y su ademán, que le pareció muy sencillo y natural el extraordinario obsequio del viajero. Verdad es que estaba tan encantadora cuando se dirigió al cuarto, apoyada en el brazo de su camarera, que todo debía inclinarse ante ella; llevaba un traje de viaje de la mayor elegancia, en forma de amazona, corto, pegado al brazo y al pecho, y enlazado por delante con alamares de seda; alrededor de su cuello estaba arrollado, por temor al frio de las montañas, un boa de marta que el príncipe de Carini habia comprado á un mercader maltés que lo traía de Constantinopla; en la cabeza llevaba un gorrito de terciopelo negro de capricho, semejante á una cofia de la edad media, y de él pendían largas y magníficas guedejas rizadas á la inglesa. Sin embargo, por preparada que estuviese á encontrar un cuarto dispuesto á recibirla, no pudo menos de asombrarse al entrar, de ver aquel lujo con que el viajero desconocido habia combatido la pobreza del aposento; todos los utensilios de tocador eran de plata; la tela que cubria la mesa era de una finura estremada, y los perfumes orientales que ardian en la chimenea, parecían hechos para embalsamar un serrallo.

—Pero, mira, Gidsa, debo estar predestinada dijo la condesa; un criado torpe hierra mal á mis caballos, tengo que pararme y un buen genio que me vé apurada, construye en el camino un palacio de hadas.

—¿No tiene la señora condesa alguna sospecha acerca de ese genio incógnito?

—No por cierto.

—Me parece que la señora condesa debiera adivinar.

—Os juro, Gidsa, dijo la condesa dejándose caer en la silla, que estoy en la ignorancia mas completa. Veamos, que os ocurre.

—Pero yo creo... Perdoneme la señora, aunque mi pensamiento es muy natural.

—¡Hablad!

—Pienso que S. A. el virey, sabiendo que la señora condesa está en camino, no habrá tenido la paciencia de aguardar su llegada, y que...

—¡Oh! pero vuestra idea es maravillosamente exacta, y es probable... En suma, ¿quién si no él hubiera preparado, para cedérmelo, un cuarto con tanto estudio? Sin embargo, escuchad, debéis callar. Si es una sorpresa preparada por Rodolfo, quiero abandonarme á ella completamente; no quiero perder una sola de las emociones que me causará su inesperada presencia. Por eso queda convenido que no es él, y que ese extranjero es un viajero desconocido. Así, pues, guardad vuestras probabilidades y dejadme con la Joda. Por otra parte, si fuera él yo soy quien habré adivinado su presencia y no vos... ¡Cuán bueno es para mí Rodolfo! ¡Cómo piensa en todo!... ¡Cuán me ama!...

—Y esa cena con tanto esmero preparada ¿creéis?...

—¡Psit!... no creo nada; me aprovecho de los bienes que Dios me envía, y solo á él doy gracias. Mirad, esta plata es una maravilla. Si no hubiera encontrado á ese noble viajero, ¿cómo hubiera podido yo comer con otra cosa? Ved esa taza de plata sobredorada, parece cincelada por Benvenuto... Dadme de beber, Gidsa.

La camarera llenó la taza de agua y vertió en ella algunas gotas de malvasia de Lipari. La condesa bebió dos ó tres sorbos, pero mas bien para llevar la copa á sus labios que por sed. Parecia que por el contacto simpático de sus labios trataba de adivinar si era su mismo amante quien atendía á todas aquellas necesidades de lujo y de magnificencia, que son un supérfluo tan necesario cuando desde la niñez se ha adquirido el hábito de ellas.

Se sirvió de cenar. La condesa comió cual suele hacerlo una muger elegante, rozándolo todo con los labios; á la manera de los colibris, de las abejas y de las mariposas, distraída y preocupada al comer, y con la vista clavada en la puerta, estremeciéndose cada vez que se abria; su pecho estaba oprimido y sus ojos húmedos; poco á poco cayó en una languidez deliciosa, de la cual no podia ella misma darse cuenta. Gidsa lo notó y esto le dió cuidado.

—¿Padece la señora condesa? preguntó.

—No, respondió Gemma con voz débil; ¿pero no os parece que esos perfumes embriagan?

—¿Quiere la señora condesa que abra la ventana?

—Guardaos de ello; me parece que voy á morir, es verdad; pero tambien me parece la muerte muy dulce. Quitadme la cofia, me pesa y no tengo fuerza para llevarla.

Gidsa obedeció, y los largos cabellos de la condesa cayeron ondulantes hasta el suelo.

—¿No experimentais una cosa igual á la que siento? Es un bienestar desconocido, una cosa celestial que circula por mis venas; habré bebido algun filtro encantado. Ayudadme á levantarme, y conducidme al espejo.

Gidsa sostuvo á la condesa y la ayudó á dirigirse á la chimenea. Llegada allí, apoyó ambos codos en el aparador, bajó la cabeza sobre las manos y se miró.

—Ahora, dijo, que quiten todo eso; desnudadme y dejadme sola.

La doncella obedeció: los criados de la condesa levantaron la mesa, y despues que se marcharon Gidsa cumplió la segunda parte de la órden de su señora, sin que esta se apartase del espejo; levantó los brazos con languidez uno tras de otro para que la doncella pudiera desempeñar su faena, la cual quedó ejecutada sin que la condesa saliese de la especie de éstasis en que habia caído; por último, Gidsa, tal como se lo habían mandado, salió dejando á su señora sola.

Esta terminó maquinalmente y en un estado análogo al de sonambulismo el resto de su tocado nocturno, se acostó, estuvo un momento apoyada en los codos y mirando á la puerta; por último, y poco á poco, á pesar de sus esfuerzos para estar despierta, sus párpados se entorpecieron, sus ojos se cerraron y se dejó caer sobre la almohada exhalando un prolongado suspiro y murmurando el nombre de Rodolfo.

Al dia siguiente, al despertarse, Gemma estendió la mano como si creyese encontrar alguno á su lado, pero estaba sola. Sus ojos vagaron alrededor del cuarto, y despues se fijaron en una mesa colocada cerca de su cama. En aquella mesa habia una carta abierta; la condesa la tomó y leyó:

«Señora condesa:

»Podía haberme vengado de vos como bandido; he preferido saborear un placer de príncipe, pero á fin de que al despertaros no creáis haber soñado, os he dejado una prueba de la realidad: miraos al espejo.—PASCUAL BRUNO.»

Gemma sintió correr por todo su cuerpo un estremecimiento de frio; cubriale la frente un sudor helado; estendió la mano hácia la campanilla para llamar, pero deteniéndose por un instinto de muger, recogió todas sus fuerzas, saltó de la cama, corrió al espejo y dió un grito: tenia las cejas y los pelos afeitados.

Cubriose al punto con un velo, mandó preparar el coche y regresó á Palermo.

Apenas llegó escribió al príncipe de Carini que su confesor, en expiacion de sus pecados, le habia mandado rasurarse la cabeza y las cejas y entrar durante un año en un convento.

(Se continuará.)

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORITA DOÑA FERNANDA DE AUTRAN.

Todo el que nace á la vida de amor siente el dardo agudo; ni hay contra él duro escudo, ni hay remedio á su dolor.

¡Ay! ¿de qué sirve á la cierva, que va en el costado herida, buscar refugio en la huida contra el diestro cazador?

Amor es pasión violenta que invade y subyuga el alma, robando al pecho la calma y al espíritu su accion: Un sentimiento sublime que nuestro ser electriza, y le eleva y diviniza ó nos mata el corazón.

FERNANDO JOSÉ GARGOLLO.

UNA BODA POR EL SISTEMA DE INSACULACION.

I.

—¿Qué es de tu vida, Andrés? Por parte alguna te vemos desde que abandonamos el campamento.

—Nada tiene de extraño. ¿No sabes mis ocupaciones?

—¿Si querrás hacerme creer ahora, que te abruma el cargo de la compañía?

—No por cierto, pero francamente es cargo que me desespera.

—Lo comprendería si tuvieses el atractivo de la familia; pero tú, solo...

—¿Qué quieres? Puede uno abandonar su libertad y encadenarse...

—¡Oh! no serás tú ese uno.

—¿Por qué no?

—Porque ese encadenamiento lo traen los goces de la familia, no otros.

—Oye. ¿Concurris aquí frecuentemente?

—Casi todos los dias. ¿Qué hace uno despues del paseo?

—Entonces ya os buscaré alguna vez. Adios, Luis.

—Andrés, adios.

Estas palabras cambiaron entre sí, no hace muchas noches, dos caballeros que se hallaban en el café Suizo á corta distancia de la mesa que yo ocupaba, habiéndose retirado el que respondió al nombre de Andrés al pronunciar la última.

El otro, es decir, Luis, era uno de mis buenos amigos, capitán de uno de los cuerpos que han operado en la reciente guerra contra los moros.

Apenas me divisó, acercóse á mí y en mútua compañía, sin determinado tema, agotamos, antes que los sorbetes que nos fueron servidos, todas esas conversaciones fútiles que tan poco significan en la sociedad.

—¿Cómo llevas tus proyectos de matrimonio?—dije entonces á Luis, entablando un diálogo de mas interés.

—A paso de tortuga.

—Sin duda tu impaciencia no te permite esperar.

—No lo creas. En mi impaciencia lo que hago es discurrir, y veo que el casarse *cuesta muchos pesos y muchos pasos*. Por fortuna para las hermosas, todavía no circula entre los madrileños este axioma. Cuando así suceda, ten por seguro que la mitad de los casamientos que se proyecten, van á quedar en ciernes siquiera por evitar los pasos.

—Pues yo tenia entendido que, en abriendo la bolsa, se activaba la resolucion.

—¡Quiá! No estás en los pormenores. El casarse es toda una obra de Romanos. Solo obrando como Andrés, pueden evitarse ciertas dilaciones.

—¿Quién es Andrés? ¿Es acaso ese caballero de quien te despedias no hace mucho?

—El mismo.

—¿Cómo logró su objeto? No estará demás que me ilustres, porque es bueno saber de todo.

—¡Oh! Fué una cosa muy original.

—Cuenta, Luis, cuenta.

—En primer lugar, no se casó en Madrid, y esto le obvió muchas dificultades; pero lo verdaderamente raro, fué el modo de buscar la novia. Oyeme, por si quieres ensayar algun dia su sistema.

—Ya te escucho.

Y mi amigo empezó su narracion de esta manera.

II.

Andrés es un hombre de talento; tiene, como has podido observar, una buena presencia y es de familia distinguida.

Para hablarte de sus cualidades y de cuanto tiene relacion con su enlace, nos trasladaremos á la época en que lo efectuó.

Tenia él entonces solo veinte años, y era tan galanteador como opuesto al dulce yugo de Himeneo.

Hay quien tiene por un defecto, que los jóvenes demuestren su decidida afición á las hijas de Eva, intentando la conquista de cuantas ven: yo me abstengo de calificar este proceder; mas puedo asegurarte, que en no pocas ocasiones le valió á Andrés su galanteria una envidiable distincion entre las mas gentiles y hermosas mugeres.

Andrés, para decirlo de una vez, era un calavera, pero por inclinacion, con gracia, lo que se llama un calavera de buen tono.

Ni hacia un estudio de su posicion, ni intencionalmente repetia sus gracias aun cuando merecieran un aplauso. Era instintivo este proceder en él, y como tenia talento, si alguna vez reflexionaba lo que debia hacer ó decir, bien ciertos estábamos de que su cordura no nos permitiria celebrarle un chiste.

Verdad es, que la carrera que seguia le abria ancho camino para obrar conforme á su buen humor.

Cuatro ó cinco años hace que encontrándonos en Burgos, adonde acababa de ser destinado nuestro batallon, nos fastidiábamos soberanamente, porque sin ninguna clase de relaciones y forasteros en una ciudad de pocas distracciones, las nuestras estaban reducidas á esas pequeñas tertulias que se forman entre los compañeros en los cuerpos de guardia, negándonos, como nos negaba entonces la estacion, el placer de admirar á las burgalesas en los paseos.

La graduacion de Andrés era entonces la de teniente, ni mas ni menos que la mia, con la sola diferencia de que menos ocupado él que yo, se desesperaba y aburría en el mas alto grado.

Acaso á esta circunstancia debió aquel la idea de su matrimonio; pero ya naciera su determinacion de este hecho, ya que sin reflexionar le empeñara en un asunto tan serio, cierta conversacion que entabló acaso sin otra intencion que la de distraerse, es lo cierto que un dia, hallándonos reunidos varios oficiales en la guardia de prevencion, le vimos entrar y desde luego nos dirigió la palabra valiéndose de ademanes misteriosos.

—¿Cómo es eso, tan tranquilos? ¿No sabeis lo que ocurre?

—¿Qué es ello? esclamamos en coro.

—¡Ahí es nada! un acontecimiento gravísimo. Una noticia que os dejará tamañitos por su importancia.

—¿Sácanos de dudas.

—Esplicáte, Andrés.

—Pues escuchad y regocijaos.—No siempre en casos tales ha de decirse, *oid y temblad*.—Escuchad y regocijaos, vuelvo á decir. Vuestro amigo inseparable, vuestro compañero Andrés...

—¿Qué te sucede, hombre? Acaba.

—No me interrumpais si quereis saberlo. Vuestro compañero Andrés se casa.

—¿Estás loco?

—¿Quiéres callar?

—¿Es cierto lo que dices?

—De este modo, es decir, dudando de sus palabras recibimos la noticia, guardando por largo intervalo un silencio significativo.

No era el motivo para menos. Si cualquiera de nosotros nos hubiéramos hallado en el lugar de Andrés, el suceso hubiera parecido natural, mas la cualidad del candidato atrajo naturalmente el asombro, sin perjuicio de reservarse cada cual los comentarios en el caso de que se confirmaran sus palabras.

Todos, pues, pasado el estupor nos apresuramos á rodear á Andrés, y á dirigirle preguntas mas ó menos impertinentes, aunque siempre en el concepto de que se chanceaba. El sin embargo, con un tono serio que nos sorprendió más, pronunció estas solas frases:

—¿Parece que dudáis? Si queréis no obstante desengañaros, esperad. Antes de media hora estaré de vuelta y os responderé á todos.

Dicho esto salió, tal vez para dar lugar á que la vacilación se enseñorease de nuestro ánimo.

III.

Antes de cumplirse la media hora, Andrés estaba de vuelta.

—Veamos lo que deseáis saber—nos dijo luego que se halló entre nosotros.

—En primer lugar, ¿quién es la novia?—respondió uno.

—Eso lo sabremos muy pronto.

—¿Cómo? ¿Te casas y aun no sabes con quién?

—Paciencia, amigos míos, paciencia. Oid. En este papel —y desdoblaba uno que traía en la mano,—están escritos seis nombres que corresponden á otras tantas jóvenes de las mas lindas de esta ciudad é hijas de familias distinguidas. Se trata ahora de saber cuál ha de ser la elegida, pero como vosotros no las conocéis, ni yo, que soy el novio, tampoco, hay necesidad de arbitrar un medio que nos saque de este apuro. Bien pudiera fiarme de los antecedentes que me ha suministrado mi patrona al decirme sus nombres, pero esto traería inconvenientes que he pensado apartar sujetando la decisión á la suerte.

Al escuchar estas razones no hubo uno de entre nosotros que fuera dueño de reprimir la risa. De tal modo se prestaba lo que oíamos á lo burlesco.

—Reid cuanto queráis y dejadme obrar.

Habia dicho Andrés partiendo el papel en seis pedazos que dobló cuidadosamente y puso dentro del chacó á falta de saco.

—Bien podemos llamar á ese sistema el sistema de insaculacion, ¿no es verdad?

—Ya lo creo. ¿No se ha dado el mismo nombre á otro sistema en proyecto para un asunto mas grave que el de que yo me ocupo?

—Precisamente.

—Pues bien, no nos paremos en el nombre. Ahora me hace falta mi asistente, que es un hombre de buena estrella.

Y al decir Andrés estas palabras, llamó al muchacho.

Luego que le vió en su presencia, gorra en mano, le dijo:

—Tú tienes mucha suerte, ¿no es esto?

—Bastante, señorito.

—Bueno. Coje este chacó y escucha bien lo que te digo. Has de mover primero muy bien unos papilitos doblados que contiene; en seguida sacas uno, y nuevamente das vuelta á los que quedan; despues sacas otro, y sucesivamente, moviendo el chacó y estrayendo un papel de cada vez, despacharás tu comision luego que quede limpio el chacó. ¿Lo has entendido?

—Si señor, esto es una especie de lotería.

—Sí, ¡no es mala lotería!—replicaron dos ó tres voces.

El asistente entonces empezó la operacion. Despues estrajo un solo papel, que entregó á su amo.

Este le tomó y leyó.

—Señorita Julia R... Bien por Julia—añadió Andrés.—Es el número primero y debe ser la mas bonita, lo juraría.

—El nombre por lo menos es bonito—repusieron algunos.

—¿Saco otro?—esclamó de nuevo el muchacho.

—Saca pues—le contestaron.

Y estrajo otro papel que numeró nuestro teniente, y del mismo modo lo hizo con los sucesivos hasta el último.

De esta manera quedaba ya prevenido para dirigirse por su órden respectivo á cada una de las chicas, si la primera no acogia favorablemente sus pretensiones.

Entonces, concluido este acto, dijo Andrés al asistente:

—Sal y espera, que habrás de acompañarme luego.

Y el asistente salió.

Al despedirse de nosotros añadió Andrés:

—Ya sabéis el nombre de la novia. Ahora voy á hacer su conquista: esta tarde solicitaré de su familia la morena ó blanca mano de mi adorada: mañana presentaré la instancia pidiendo la real licencia: y tan pronto como ésta se me conceda, uniremos nuestra suerte y seremos los mas felices esposos de la tierra.

He dicho.



TEMPLO DE APOLO.

Copia de un cuadro pintado por Lorena.

A este alubion de palabras quedamos todos sin saber que decir.

Nos parecia tan extraordinario lo que pasaba, que apenas podiamos darnos cuenta de ello.

—Pero este Andrés está loco—dijo uno luego que aquel salió.

—¿Podrá creerse lo que dice?—repuso otro.

—Nada tiene de extraño. ¿No le conocéis ya?

—Es que, á decir verdad, de todas sus travesuras, ninguna es tan grave como la presente si logra llevarla á término.

—Lo que no puede dudarse es que en punto á brevedad, ni el sistema de Morse ni el de Waasthorne puestos en uso en los telégrafos eléctricos, lo igualan.

—De todas suertes, es un suceso risible.

—Todas sus cosas son así.

—Veremos lo que nos anuncia esta tarde.

—Posible es que siga en sus trece, haciéndonos creer que se casa.

—Diga lo que se le antoje, yo lo dudo.

—Y yo no lo creo.

—Ni yo.

De esta manera continuó la conversacion por algun tiempo, hasta que despidiéndose los oficiales que no estaban de servicio, tuvo el de guardia que buscar un entretenimiento en la lectura de un libro.

IV.

Aquella tarde nos reunimos nuevamente los compañeros, y ya á las cinco de ella se presentó Andrés.

Entonces con mas motivo que en otras ocasiones, le rodeamos.

—Vaya, esplicanos cómo van tus asuntos—dijo yo.

—Tened compasion de mí y dejadme cobrar aliento.

—Concedido; pero prométenos una esplicacion detallada.

—La prometo.

—Ten presente que no estamos dispuestos á escuchar novelas.

—No será mia la culpa si los acontecimientos se presentan del mismo modo.

—Si son ciertos, nada habrá que decir.

—Completamente ciertos, os lo aseguro.

—Está bien.

—Y despues de unos minutos de silencio prosiguió Andrés de esta manera:

—Os dejé esta mañana en el momento en que me disponia á conquistar mi novia. Ahora os diré el medio que empleé para conseguirlo. Voy á mi casa y le escribo una carta, con mala letra eso sí, porque nunca la tuve buena, pero con esmerada dición. En ella le manifestaba cuán inmenso era el cariño que me impulsaba á dar este paso, y le daba noticia de mi posicion etc., espresándole mis deseos de pedir su mano si era tan venturoso que lograba interesarla mi amor.

Añadiale por último, que podia verme desde los balcones de su casa, y que si se decidia á labrar mi felicidad dejase caer su pañuelo, con cuya única seña me aventuraria en el acto mismo á pedir su mano.

Llegada esta esquila á su destino por conducto de mi asistente, tuve el gusto de allí á bien poco de ver á Julia, bella perla escondida cuya hermosura empiezo á aquilatar, y el placer aun mayor de ver caer su pañuelo, lo cual me probaba claramente que debió causarle mi presencia cierta favorable impresion de que tan ufano estoy; y como de antemano tenia resuelto el modo de conducirme en semejante caso, en el momento mismo me presenté á su padre protestándole de mi sinceridad y respetos, y demandando su mano.

—Pero Andrés, ¿no nos haces el retrato de tu novia?

—¿Su retrato? Para qué, si os digo que es encantadora, celestial, divina.

—Dejadle continuar.

—Prosigo, pues. Ya supondreis la sorpresa del padre de mi amada. Dejadme que la nombre así.

Reponiéndose sin embargo, me dijo:

—Me sorprende extraordinariamente la pretension de V., y lo que no acabo de comprender es cómo en los pocos dias que lleva aquí de permanencia su batallon, conoce V. lo bastante á mi hija para decidirse á dar este paso.

—Ahí verá V.—le respondí.—Me he decidido porque este es mi único deseo. Creo conocer á su hija de V. como si la hubiera tratado toda mi vida, y solo esperamos para ser dichosos el consentimiento de V.

—¿Tiene V. el suyo?—me preguntó entonces en tono de duda.

—Si señor,—repose.

Esta contestacion pareció sorprenderle mas. Por último, rebatiendo una por una todas sus objeciones, pude conseguir que me diera esta contestacion final:

—Esta misma tarde, caballero, me informaré de sus antecedentes, y si los que me comunique el coronel de su cuerpo confirman el juicio que he formado al verle, puede V. contar con mi asentimiento una vez que tenga el de Julia, cuya voluntad en esta parte consultaré siempre.

Con semejante promesa, salí de aquella casa apasionado ya furiosamente de mi futura, á quien nuevamente vi y saludé: llegué luego á la mia y estendí la solicitud pidiendo la real licencia, cuyo documento acabo de entregar al coronel, despues de haberme dicho este cariñosamente:

—Cuidado, Andrés, no hagamos una calaverada. Piense V. que sería una villanía engañar á esa familia. El padre de esa señorita acaba de salir de aqui satisfecho en vista de mis informes, cumpla V. como honrado.

Despues de estas palabras me despedí y aquí me tenéis.

Juzgad ahora si es ó no verdad que me caso.

—Parece un sueño.

—Lo que parece es una novela.

—Sueño ó novela es la verdad.

Mucho mas se habló de esto en aquella tarde y las siguientes, pero lo omito porque no merece se haga de ello mencion.

Lo que sí la requiere es la asistencia continua que á contar desde este dia se impuso Andrés á casa de su amada.

Este proceder que no dejaba duda acerca de sus intenciones y del cariño que entre los amantes se habia engendrado, dió todavía motivo á que por espacio de una semana nos ocupásemos todos de la novedad; mas luego este acontecimiento fué dejando lugar á otros, hasta que por último nadie volvió á acordarse de él.

Si alguno preguntaba á Andrés por sus relaciones ó proyectos, solia contestar siempre con estas palabras:

—Oh, Julia es encantadora, es un ángel; en cuanto reciba la licencia me caso.

Pero la licencia no llegaba, y en cambio llegó una órden trasladando el batallon á Barcelona.

Entonces hubo lágrimas por parte de Julia: Andrés hizo promesas espontáneamente, de que jamás se mostró arrepentido, y entrarnos, esto lo demostraban bien, tuvieron un verdadero sentimiento el dia en que se separaron.

Ella de dulcísimo carácter, se habia acostumbrado á la adoracion de Andrés, calavera entonces, pero sentimental siempre, y no podia menos de llorar su ausencia.

A él por su parte, acostumbrado tambien á aquella vida

de amor y entusiasmo, apreciando de día en día tantas bellas cualidades como adornaban á su prometida, le fué muy duro separarse del objeto que le enamoraba; mas llegó á Barcelona y bien pronto halló en esta ciudad populosa motivos sobrados á su distracción, á la cual se entregó con todo el ardor de un alma que había tenido crueles privaciones.

Y no era que tratase de olvidar á Julia: era que despertaban en su corazón deseos dormidos en dos meses de sueño.

—Luis, tengo que escribir á Julia—me decía Andrés algunos días—¡Es una criatura angelical! ¡Qué dos meses he pasado en Burgos! Te lo aseguro: ningunos mas felices en toda mi vida.

Una carta llena de amor y sentimiento que recibió un día le hizo cojer la pluma; mas pensándolo mejor la volvió á dejar, porque quería segun me dijo estenderse bastante y en aquellos momentos no podía hacerlo.

—¿Pero hombre, qué dirán Julia y su familia?

—Ya les escribiré hablándoles de nuestros pasados venturosos días.

Y sin embargo de tales recuerdos, y de que tenía una carta á que contestar, pasó un mes y pasaron dos, y Andrés no escribió.

Creía yo en vista de su proceder que la imagen de Julia se había borrado enteramente de su imaginación; pero no debía ser así á juzgar por los acontecimientos que se siguieron.

Otros dos meses, como he dicho, hacia ya que estábamos en Barcelona, cuando un día veo entrar á Andrés muy alegre.

—¿Qué hay de nuevo Andrés?—le pregunté.

—Casi nada, Luis: un asunto viejo que vuelve á estar á la orden del día.

—¿Cómo es eso?

—De esta manera: ¿Quiéres algo para Búrgos?

—¿Marchas por ventura?

—Mañana mismo. Acaban de comunicarme el traslado de la real licencia y voy á casarme.

—¿Tenemos otra calaverada Andrés? Despues de tu silencio...

—Pues, ¿hay cosa mas natural, hombre?

—Sí que hay. Encontraría perfectamente tu marcha si hubieras correspondido á lo que tanto Julia como su familia debían esperar de tí, pero sin haberle dado razon de tu persona encuentro burlesco el paso que vas á dar.

—¡Oh! no te apures, Luis, por eso. Julia y yo nos adoramos, y de sobra sabe ella que esta licencia nos era indispensable.

—No lo dudo, Andrés; pero convéncete de que eres un estravagante.

—*Comme il faut*, debías añadir, y habrias acertado.

Despues de este diálogo, Andrés se puso á hacer sus preparativos de marcha, y al día siguiente emprendió su camino.

V.

Ocho días despues de la marcha de Andrés recibí una carta suya concebida en estos términos:

«Querido Luis: Soy el hombre mas dichoso del universo. Ya me tienes casado, amigo mio, con el ángel de mis ensueños. Te lo repetiré una vez mas. Julia es una criatura hechicera. ¿Cómo te has arreglado, me preguntarás, cuando no le escribiste cuatro letras siquiera durante vuestra ausencia? Muy sencillamente, y á pesar de que un importuno trataba de volver el juicio á mi pobre Julia, la he convencido de mi mucho amor. Mas te lo explicaré todo por su orden.

»A mi llegada me presenté desde luego en casa de mi prometida, donde se sorprendieron no poco al verme.

—»Vengo—dije á su padre—á cumplir mi palabra y á reclamar el cumplimiento de la de V.

—«No sé, caballero,—me respondió,— si despues de su eterno silencio, puede V. creerse autorizado á presentarme semejante pretension.

—»¿Y por qué nó? ¿No es mi llegada la mas elocuente muestra de mi cariño? Y el que me guarda su hija de V., ¿hay quien lo ponga en duda?

—»A eso, solo tú, hija mia, debes contestar.

»Julia estaba presente entonces, y mas de una vez, durante nuestra conversacion, vi el carmin asomando á sus megillas.

—»Habla ya, hija mia—añadió nuevamente el padre mirando á Julia.

—»Yo, papá...

—»Pues bien, lo haré yo. Su silencio de V., Andrés, nos ha relevado del compromiso que mutuamente habíamos contraído, y por lo mismo, aceptando mi hija los obsequios de otro jóven, no ha hecho otra cosa sino seguir los consejos que yo mismo le he dado cuando me consultó.

—»Y bien—contesté un poco confuso al considerar que no me asistía razon alguna para insistir en mi propósito.—Creo que han tenido Vds. razon para obrar así, y para probarlo dejo á Julia en libertad de que elija entre los dos pretendientes. De todos modos, ella sabe que mi corazón le pertenece: solo añadiré que mi permanencia en Burgos no durará mas de lo que tarde su decision.

»Entonces me despedí acogojada el alma, porque no sabia si tendria que volverme con una negativa cruel, y era mas horrible mi situacion porque estaba mas apasionado que nunca desde el momento en que comprendia posible una repulsa.

»Aquella noche no dormí, y al día siguiente me presenté de nuevo en casa de mi amada, comprendiendo desde luego por sus miradas que podía prometerme una acogida enteramente favorable.

»Favorable tambien se me presentó un momento para hablar á Julia, y desde las primeras palabras que entre los

dos se cruzaron me confirmé en la idea de que se había decidido por mí.

»Ya no se habló mas acerca de mi competidor; yo me dí por inteligenciado de su repulsa, y lo abrevié todo para la realizacion de mi boda, que acaba de efectuarse labrando, como te llevo manifestado, mi completa felicidad.

»Ahí tienes, Luis, en pocas palabras lo acontecido. Pasados que sean algunos días, emprendemos nuestro viaje á esa. Entretanto comunícalo á los compañeros, á todos los cuales desea felicidad tu amigo,—Andrés.»

Así terminaba Andrés su epístola, que fué leida y comentada por cada uno de los oficiales.

—¡Oh! es un buen chico, á pesar de sus travesuras,—dijo uno.

Y todos convinimos en esta calificación.

VI.

Ya te he referido, amigo mio, la historia del casamiento de Andrés, me dijo Luis cuando llegó á este punto de su relato.

—Y por cierto que es muy original,—le contesté.

—Pues bien; como decia al principio de nuestra conversacion, solo obrando del modo que Andrés, pueden evitarse dilaciones cuando se proyecta tomar estado. ¿Quién halla una novia en el tiempo que él la encontró?

—Es verdad; pero eso, Luis, trae sus inconvenientes: mucho me temo que ese matrimonio no ha de ser feliz.

—Claro está. Eso iba á añadir para terminar mi idea.

Ella es un ángel: su trato es encantador y su carácter dulcísimo; pero ¿quién aparta á Andrés de esa inclinacion natural á las travesuras? Si durante el primer año ha sido el matrimonio mas venturoso de la tierra, es lo cierto que despues, ó bien porque su mútuo cariño estuviese, como suele decirse, preso con alfileres, ó ya porque Andrés no perdiera su afición á las calaveradas, ó ya finalmente, porque sus caracteres fuesen opuestos, lo cual no se hace perceptible durante la luna de miel, es lo cierto, repito, que su amor se enfrió, hasta el punto de no poder vivir los esposos bajo un mismo techo.

—El no podría pasar sin hacer alguna calaverada.

—Phs, alguna vez.

—*Genio y figura*, como dice el adagio, *hasta la sepultura*.

—Esto me recuerda la última que llevé á efecto.

—¿Con qué motivo?

—Cuando á pocos días de casado quiso hacer á su esposa el regalo de boda; pero despues no he oido decir que reincidiera.

—¿Fué acaso de mal género?

—No por cierto.

—Cuéntame eso.

—No, porque requiere mas tiempo del que puedo disponer ahora. Ya te lo referiré otra vez. Adios.

Y diciendo esto, se levantó Luis, y nos despedimos.

RAMON REAL DE MENDOZA.

POESÍA.

(Traduccion de Victor Hugo.)

A UNA JÓVEN.

Espejo de agua es amor
Do se asoma la coqueta
Para deslumbrarse inquieta
Con su propio resplandor.

Al verse en él la virtud
Se pule mas y embellece
Borrando cuanto oscurece
Su angélica pulcritud.

Mas... descendiendo un poco el pié,
¡Se resbala! ¡Era un abismo!
Quebró el espejo uno mismo
¡Y del agua al fondo fué!

Amiga, mi voz no aboga
Por el amor: es un río
Do el niño llega con brío,
Se ve, se baña y se ahoga.

HISTORIA DE TRES CASAMIENTOS.

III.

POR AMOR.

Los carteles y los periódicos habían anunciado la representación en el Teatro Real de las *Visperas sicilianas*.

El coliseo debía abrirse á las siete, y una hora antes las puertas se hallaban asediadas por un gentío inmenso, ansioso de precipitarse por ellas.

No por mucho madrugar amanece mas temprano, dice un proverbio, ni tampoco por entrar una hora antes debía adelantarse la de la representación; pero se trataba de acometer una importante empresa, y el público, que pateaba en la calle soplandose las manos para defenderlas del intenso frio que se dejaba sentir, aspiraba nada menos que á ocupar el mejor lugar en el *paraiso*.

Aquel gentío se componia de *dilettanti* pobres, que no teniendo veinte y cuatro reales para gastarlos en una butaca, anhelaban, sin embargo, oír la brillante voz de Fraschini, la hermosa de Vialletti, y la estensa, dulce y artística de la Penco: se componia, repetimos, de empleados de corto sueldo ó de larga familia, de modestos comerciantes, de pretendientes á destinos, de militares de corta graduacion, de viudas, cesantes y retirados, que por cuatro reales pretendian satisfacer su entusiasmo filarmónico con los ecos de la orquesta dirigida por el arco de Skodopole y ver bailar á las ninfas de las cuatro estaciones.

Tal vez Adan hubiera renunciado voluntariamente al *paraiso* á haber tenido para ganarlo que emplear los supremos esfuerzos que cuesta obtener un buen puesto en el idem del Teatro Real.

Y llámase buen puesto á un pequeño espacio en el centro de las primeras gradas donde la lucerna no se interponga entre la vista y el escenario, ni la oblicuidad que existe en los extremos haga desaparecer la mitad de él.

Conseguido esto se contemplará el teatro á vista de pájaro y se tendrá la ventaja de viajar con Gúlliver por el pais de los Liliputienses, viendo convertidos en Tom-pouce á todos los que habitan el piso bajo.

Se tendrá tambien otra mayor, que es la de no oír á los malos cantantes, cuyas voces no pueden elevarse á la region de las nubes.

Y por último, se disfrutará la inapreciable de hallarse á una temperatura de treinta grados sobre cero del termómetro Reamur, en tanto que por la calle se chocan de frio los dientes, y de estar en completo descanso siete horas sin poderse mover ni salir en los entreactos por no perder el puesto.

La multitud esperaba en la calle y se apiñaba, bullia y empujaba para aproximarse todo lo posible á la puerta; entre ella se veían jóvenes, ancianos, pollitas, jamonas y vestustas mamás.

Muy próximo al quicio había logrado situarse un jóven que defendia heróicamente su puesto y su gaban, del cual procuraban asirse algunas manos atrevidas para buscar un punto de apoyo.

—¡No tire V., señora! decia á una que se había agarrado á sus faldones y pugnaba por aproximarse; ¡me va V. á romper el gaban!

—Por favor, caballero, ayúdeme V., pues de lo contrario voy á perder terreno.

—¿Y cómo quiere V. que yo lo remedie si ha llegado tarde?

—No tal; pero me empujan y no tengo fuerza para sostenerme aquí.

—Bien, deme V. la mano y nos sostendremos mutuamente.

—Muchas gracias, caballero, dijo la señora, que ayudada por su protector logró colocarse á su lado.

Pero no venia sola, y en sus esfuerzos por adelantar había sido sostenida por una jóven que iba asida á su vestido y pudo seguirla hasta hallarse instalada junto á ella, merced tambien al socorro del galan, que á la luz de los faroles tuvo ocasion de examinar un lindo y agraciado rostro de diez y seis años.

—Parece imposible, dijo la mamá, que haya personas bastante atrevidas para esponderse á estos apretones.

—Y sin embargo, contestó el jóven sonriendo, ya ve V. como no faltan.

—Es verdad, y yo soy una de ellas; pero no me volverá á suceder, ni hubiera venido á no ser por las instancias de Julia.

—¿Julia se llama esta señorita?

—Servidora de V., dijo la jóven.

—Mil gracias, contestó el caballero inolinándose cortesmente.

—Pero es una temeridad, continuó la mamá, arriesgarse á venir en las primeras representaciones de una ópera para tener que ganar por asalto el *paraiso* y esponderse á ser atropellado por los que tratan de tomar la delantera.

—Y si ya hemos venido mamá, ¿habremos de retroceder? dijo Julia con angelical dulzura.

—Eso seria lo mas acertado.

—¡Oh! no, dice muy bien esta señorita, contestó el jóven con viveza; ya tienen Vds. pagadas las entradas y seria una tontería perderlas; además que todo consiste en pasar un mal rato para tener luego el placer de oír una magnífica ópera.

—¿Verdad que es magnífica? preguntó Julia.

—¿Qué, no la ha visto V? dijo el jóven con cierto asombro.

—No señor, repuso Julia bajando los ojos como avergonzada; mamá no ha querido traerme.

—Oh, pues, no debe V. perderla de ningun modo, es una composicion sublime.

—¿Ves, mamá, como tenia yo razon en querer venir?

—Sí; pero pudiéramos haber aguardado á que se diesen mas representaciones y hubiera menos bulla.

—Entonces serian Vds. las últimas en verla y esto no tiene gracia.

—Y que las primeras representaciones son siempre mas esmeradas.

—En fin ya está hecho, dijo la mamá, y solo nos falta ver como llegamos á tiempo de coger un buen sitio.

—Poco tardará esto ya, porque oigo las llaves del portero que viene á abrirnos el paso: dénme Vds. sus entradas y agárrense á mi gaban, que yo me encargo de hacerlas penetrar de las primeras.

En efecto, se oía sonar dentro un manojito de llaves que puso en espectacion á la multitud: al poco rato una de estas, introducida en la cerradura, hizo girar sobre sus goznes una sola hoja dejando estrecho paso á la impaciente muchedumbre, que se precipitó por ella oprimiéndose y empujándose.

Las señoras gritaban y sentían romperse sus trages y

mantillas, de lo cual se lamentaban en alta voz; los hombres sin hacer caso de ellas y olvidando la galantería las estrechaban fuertemente para abrirse paso, y entregando con precipitación sus entradas á los dependientes corrían á las escaleras, cuyos peldaños saltaban de cuatro en cuatro.

Aquella oleada viviente tomaba las alturas por asalto causando terrible estrépito y cualquiera hubiese sospechado una conmoción popular; pero este ruido tenía un carácter pacífico y no había más daño que el que sufrían las narices de algunos prógimos al estrellarse contra los escalones.

Nuestros conocidos habían entrado de los primeros, y á no ser por la mamá que entorpecía la marcha hubieran ocupado el mejor lugar del *paraiso*; pero el jóven á quien habían causado grata impresion los ojos de Julia, quiso sacrificar aquella noche su comodidad al placer de estar á su lado, y ofreció con la mayor galantería su brazo á doña Vicenta, logrando remolcarla, ó mejor dicho izarla hasta la formidable altura.

Cuando llegaron bañadas en sudor y sin aliento había ya bastante gente; pero consiguieron no obstante ocupar un lugar en el centro de la tercera grada, desde donde tuvieron el gusto de contemplar el teatro sumergido casi en las tinieblas.

Al poco rato las gradas del *paraiso* estaban pobladas de espectadores, en tanto que el patio ostentaba completamente vacías las filas de butacas, y aun no se había abierto la puerta de ningún palco.

Después de media hora, los poseedores de asiento fijo empezaron á entrar, y algo más tarde el público elegante llenaba las localidades y la orquesta se preparaba á dejar oír sus arrobadoras armonías.

Esta larga espera se sufre naturalmente con impaciencia, á menos que otra distracción abrevie los momentos tan pesados para la mayor parte: así sucedió á nuestro conocido, el cual sostenía una conversación muy animada con las señoras.

Estas por su parte estaban muy contentas por haber hallado un jóven tan fino y obsequioso, y muy inteligente en música segun se espresaba sobre los compositores y los cantantes.

—Lo que siento, dijo doña Vicenta, es no tener el libretto de la ópera; pues sin él no comprendo absolutamente nada.

—Pierda V. cuidado por eso, pues aquí lo tengo á su disposición.

—¡Pero vá V. entonces á privarse de él!

—Nada importa, puesto que conozco perfectamente el argumento.

—Es V. muy amable, caballero, repuso doña Vicenta con halagüeña sonrisa.

—Señora, es un deber de toda persona bien educada servir á las damas en cuanto le sea posible.

—Y V. prueba que comprende perfectamente este deber.

—Hasta ahora nada he hecho en obsequio de Vds., y solo debo á la casualidad el placer de conocerlas.

—El placer ha sido para nosotras, á quienes esta casualidad ha favorecido.

—Mil gracias, repuso el jóven deseando cortar los cumplimientos; me parece que pronto va á dar principio la ópera, y si V. no quiere perder nada de ella, debe ir leyendo el libretto antes de que se alce el telon.

—Dice V. bien, contestó doña Vicenta.

Y calándose unas antiparras empezó á leer.

El jóven deseaba esto para poder desentenderse de la mamá, y dedicarse á la niña que le había parecido, con muchísima razón, *bocato di cardinale*.

Era una rubia con ojos azules y mas blanca que el alabastro: con una cintura que hubiera podido recogerse en un anillo; una mano preciosa y una boca como un piñon; que tenía un aire modesto y hablaba graciosamente moviendo los ojos con espresion encantadora; una muchacha, en fin, de esas que arrastran en pos de sí la atención de todo el que las ve, y son capaces de hacer cometer el mayor de los disparates.

El jóven no había dejado de mirarla, y deseaba entrar en conversacion con ella para averiguar si su talento estaba en armonía con su figura: la distraccion de doña Vicenta le proporcionó una coyuntura favorable.

—No esperaba, dijo, ver esta noche la ópera con tanto gusto.

—Segun hablásteis antes, contestó Julia desentendiéndose de la alusion, no es la primera vez que venís á ella.

—La he visto ya dos veces; pero nunca he tenido la dicha de estar al lado de una jóven tan linda.

—Os doy gracias, aun cuando solo debo tomar vuestra lisonja por una galantería de las que se usan como moneda corriente.

—¡Oh! no creais que yo sea muy pródigo en elogios; solo me gusta tributarlos al verdadero mérito.

—Todos los hombres dicen lo mismo por mas que solo sigan una costumbre.

—Pero vos menos que nadie podeis quejaros de falta de sinceridad en ellos.

—¿Por qué?

—Porque habreis recibido tantos tributos de admiracion, que no podeis tener duda de la justicia con que se os conceden.

—Tambien he oido á algunos burlarse de la credulidad de otras, que tomaban por lo serio sus homenajes.

—Segun eso no os juzgais acreedora á la admiracion de cuantos tengan la felicidad de conoceros?

—Ya veis que vuestras palabras no son las mas apropiadas para tranquilizar mi duda: sentais como principio el que yo debo causar una admiracion general, cuando cada hombre tiene su tipo, y el mio, bueno ó malo, podia gustar á unos y desagradar á otros.

—Y yo desde ahora no titubeo en afirmar, que es digno de vivir entre cafes el que no os considere la mas linda de cuantas mugeres existen.

—Dispensadme, sino quiero ni debo tomar por lo serio vuestros elogios; son tan exagerados, que prueban mas bien la fuerza de la costumbre que el mas pequeño convencimiento.

—Vais á desesperarme con vuestra incredulidad.

—No creo os afliais mucho por ello, dijo Julia sonriendo; seria una vulgaridad que yo tratase ahora de rebajarme, para dar mas motivo á vuestras lisonjas; pero eso no impide que pierdan completamente su valor, en tanto no las hagais mas moderadas.

Julia dijo esto con tanta naturalidad, que encantó al jóven.

—Está bien, contestó; si para ser verídico á vuestros ojos es necesario ser insensible, desde ahora me resigno á poner límites á mi entusiasmo, entablado una lucha con mis sentimientos.

—Os doy de antemano las gracias por este sacrificio.

—Y en prueba de que deseo cumplir mi propósito, estoy dispuesto á variar de conversacion.

—Eso será luego que concluya el acto, pues ya oigo empezar la introduccion.

Efectivamente, un raudal de armonía se elevó desde la orquesta, haciendo cesar todas las conversaciones y ocupar á cada cual su respectivo asiento.

Se alzó el telon, y ya los verdaderos aficionados solo pensaron en oír las inspiraciones de Verdi, interpretadas por los artistas.

Por mucha atención que pusieran no dejaban por eso los espectadores de hacerse las oportunas observaciones ni de darse particular y generalmente las correspondientes muestras de aprobacion.

Así sucedía á nuestro jóven, que sin perder una sola nota hacia observar á Julia las principales bellezas de la composicion, dirigiéndola al propio tiempo unas miradas capaces de ablandar el mármol, y que la hacían bajar los ojos ruborizada.

(Se continuará.)

LAS HADAS Y SUS HECHIZOS.

CUENTOS ALEMANES POR HANS CHRISTIAN ANDERSEN.

CUENTO CUARTO.

LA BDDA DE ORO (1).

Había una vez un muchacho, que cogió un resfriado de resultas de haberse mojado los pies; mas nadie sabía cómo se los hubiese mojado, pues el tiempo era seco y hermoso. Su madre le desnudó, púsole en la cama, mandó traer la tetera y todo lo necesario para hacerle una buena taza de té, y curarle haciéndole sudar. En esto llegó un anciano, que vivía en el tercer piso de la casa, solo, pues no tenía ni esposa ni hijos, pero muy amigo de los muchachos. Sabía una infinidad de cuentos de viejos, y consejas y brujerías, y era un gusto oírse las contar.

—Si consenties en tomar una taza de té,—dijo la madre al muchacho,—podrás tal vez conseguir que este señor te cuente un cuento, mientras se está calentando la tetera.

—Todo está en que sepa yo alguno,—dijo el viejo.—Mas ¿cómo fué que el niño se mojó los pies?

—Esto es lo que nadie puede saber,—contestó la madre.

—¿Me promete V. el cuento? preguntó el muchacho.

—Sí, te lo prometo con tal que antes me digas cuántas pulgadas tiene de profundidad el arroyuelo de la acera de la calle en que está tu escuela.

—No sé á punto fijo las pulgadas que tiene: solo sé que llega el agua hasta la mitad de mi pantorrilla.

—Allí es donde te mojaste los pies:—dijo el viejo.—Mas ya que has contestado tan bien á mi pregunta, te debo un cuento.—¿Lástima es que no tenga ninguno que contar!

—No importa. Mamá me dice que cuando V. no los tiene, mira cualquier objeto y en él encuentra uno al momento.

—Sí, pero esta clase de cuentos nada valen. Los buenos, los naturales, son los que vienen á mi imaginacion sin buscarlos.

—¿Y qué? ¿No le ocurre á V. ahora ninguno?—preguntó el muchacho en tono de súplica mientras que la madre ponía las hojas de té en la tetera y le echaba hirviendo.

—No, hijo mio, no. Las consejas son como la fortuna. Cuando se la llama, se empeña en no venir. Pero calla: espera un momento: mira: allí hay una en la tetera.

El muchacho se volvió en efecto á mirar y vió que la tapadera se iba levantando, y que á medida que mas alta se levantaba, las hojas de té se iban agrandando y convirtiéndose en lozanos renuevos y en grandes ramas, y que luego iban saliendo de la tetera, y tras de ellas otras, y tras de las ramas el tronco de un árbol magnífico, que al punto echó flor, y se fué estendiendo hasta ocupar casi todo el cuarto y llenarlo del mas suave aroma. Alónto contemplaba todo esto el chico, y mas sorprendido quedó al ver que entre las ramas y las flores había sentada una anciana, de aspecto bondadoso, con un vestido muy viejo y verde, tan verde como las hojas del árbol.

—¿Cómo se llama esta muger?—preguntó el niño al anciano.

—Los griegos y los romanos la llamaban Driada; pero nosotros no entendemos esta palabrota, y en el arrabal de la ciudad, en donde viven los marineros, tiene otros varios nombres. Unos la llaman la vieja; otros la bruja; otros la hechicera; pero como quiera que se llame, á ella es á

quien debemos mirar ahora. Con que, mientras la contemplas estame atento á lo que te voy diciendo.

«Otro árbol lo mismo que este hay en uno de los patios de las casas que se ven allá en las afueras de la ciudad, y en una tarde de estío sentados á su sombra estaban un hombre y una muger. El hombre era un marinero viejo, y la muger su anciana esposa. Habían vivido lo bastante para ver ya crecidos á sus nietos, y estaban ya prontos á celebrar sus bodas de oro, como suelen llamar al quincuagésimo aniversario del día del casamiento. Y la hechicera estaba en el árbol, sentada como ahora la ves, con su fisonomía amable tambien, como la que ahora tiene, y dijo: «Yo sé muy bien cuándo ha de llegar el día de la boda de oro» pero lo dijo tan bajo, que ellos no la oían; porque se hallaban muy distraídos hablando de sus antiguos tiempos.

—¿Te acuerdas,—decía el viejo marinero,—cuando éramos todavía niños, cómo sabíamos jugar y brincar en este mismo patio, en donde ahora estamos, y cómo plantábamos arbustos y arreglábamos nuestro jardinito?

—Sí,—decíale su muger,—mucho que me acuerdo: y regábamos los arbustos y uno de ellos creció tanto, que echó muchas raíces, y luego retoñó, y se hizo tan grande que ya fué árbol y con su sombra nos estamos ahora cobijando.

—Cierto: y allá en aquel rincón está el estanque en donde solía yo hacer flotar el barquichuelo, que labré con mis propias manos. ¡Qué bien navegaba! Pero muy pronto tuve yo que navegar de otra manera!

—Sí; pero antes fuimos á la escuela, y aprendimos algo, y mas tarde recibimos la confirmacion. ¡Cuánto lloramos aquel día! Y por la tarde cogidos del brazo fuimos paseando alrededor de la torre y contemplamos desde allí aquella hermosa vista que se estiende hasta Copenhague al través del agua. Luego fuimos á Fridichsberg, en donde el rey y la reina navegaban por el canal en su lindo buque.

—Pero yo tenía que navegar mucho mas lejos que ellos, y durante muchos años, en muchos y muy largos viajes.

—Bastantes lágrimas me costó esto; pues pensaba yo que habías muerto y que habían echado tu cadáver en lo profundo del mar, sin mas tumba que sus olas. A menudo subía yo por las tardes á lo alto de la colina, por ver si descubría algun buque á lo lejos, que te trajese á su bordo de regreso á tu país. Alguno ví; pero ninguno te me devolvía. Un día, me acuerdo de ello como si fuese ahora, llovía mucho, mucho, como si el cielo quisiese caernos encima. El carretero que se llevaba la basura de la casa, en donde servía yo, había llegado, y bajó á la puerta á llevar las barreduros. El carretero se marchó, y yo me quedé contemplando la inmensa lluvia que caía. Mientras así estaba, llegó el carretero y me entregó una carta que tú me enviabas. ¡Cuánto había viajado! La abrí; la leí toda; y reí, y lloré; tanta era la satisfacción que me causó! Decía que tú te hallabas en las tierras calientes en donde crece el café. ¡Qué hermoso país debe ser aquel! Luego me decías tantas cosas, que allí me estuve leyendo y relejendo la carta por cien veces, hasta que de repente sentí que alguien, llegando por detrás me cogía por la cintura.

—Y á este alguien le aplicaste tan fiero porrazo en las orejas; que hoy es, y todavía le están temblando.

—¿Cómo podía yo imaginar que fueses tú, si llegaste tan pronto como la carta? Y venias tan galan y tan hermoso, como lo estás todavía. Tenias un pañuelo grande amarillo en el bolsillo, y traías el sombrero cubierto con hule. ¡Qué elegante estabas!

—Y luego nos casamos ¿no te acuerdas? Y muy pronto tuvimos nuestro primer hijo, y luego á Mary, y Niels y Peter, y Hans Christian.

—Sí. ¡Y cómo han crecido! ¡y tan buenos que todo el mundo les quiere!

—Tambien ellos tienen ya sus hijos que son tus nietos; pero, de buena ley, yo te lo fio. Me parece que en esta época del año fué cuando nosotros nos casamos, y sino me engaño fué en esta misma fecha.

—Sí; hoy es vuestra boda de oro,—les dijo entonces la hechicera, asomando la cara arrugada por entre las ramas; pero sin dejarse ver de los dos viajeros, que pensaron oír la voz de algun vecino.

—Luego llegaron sus hijos y sus nietos, y todos les festejaron por el cumpleaños de su boda; que bien sabían que tal era, aunque los ancianos esposos lo habían olvidado por un momento, hablando de los pasados años de su vida. El árbol despedía un perfume encantador, todos los que le rodeaban tenían pintada en los rostros la alegría; el sol se iba poniendo, y con su quieto brillo alumbraba misterioso aquella escena de puro contento. El mas jovencito de los nietos cantó un canto de enhorabuena, al cual todos respondían haciendo coro. Terminado el canto todos gritaron ¡viva! y la hechicera desde el árbol repitió igualmente ¡viva!

—Pero todo esto no es cuento,—preguntó el muchacho al anciano que se lo refería.

—¿Lo dudas? Preguntémoslo á la vieja que ahí miras sentada en el árbol.

—No, no es cuento,—dijo entonces la hechicera.—Pero ahora viene lo mejor de él. Las mas estrañas consejas tienen casi siempre su fondo de verdad. Si así no fuese, mal hubiera podido salir de una tetera ese frondoso árbol.

Cogió entonces al muchacho, le sacó de la cama, y se lo acercó al seno. Las ramas del árbol les cubrían á entrambos. La vieja hechicera se trocó de repente en niña elegante, si bien permaneció vestida de verde y adornada de flores blancas. Llevaba una, natural, prendida al pecho, que despedía el mas oloroso perfume. Tenía los ojos azules y rasgados, el talle esquisitamente delicado, y era de la mas singular belleza. Se abrazaban uno á otro; pues eran de la misma edad, y les agradaban á entrambos los mismos juegos.

Poco después salieron del árbol y se encontraron los dos en un jardín, que por lo bello dijérase que era jardín encantado. El baston del papá estaba apoyado en el tronco de un grueso arbusto. Los dos niños encontraron vida en aquel

(1) Suele llamarse así en Alemania á la celebracion del 50 aniversario del casamiento.

baston, pues apenas se colocaron sobre él, cabalgándolo, se cambió su puño en una hermosa cabeza, que relinchaba, y el baston cobró cuerpo, y armado de cuatro pies ligeros principió á corvetear y correr por la pradera que estaba junto al jardín.

—¡Magnífico!— exclamó el muchacho.— Vámonos ahora á andar á caballo algunas millas, llegaremos hasta el castillo del señor de estas tierras.

Mientras galopaba su improvisado corcel, la muchacha, que no era otra que la hechicera en persona, iba diciendo:

—Ahora estamos en el campo. ¿Ves aquella casita rústica, de cuyas paredes sale un fornido roble como un gigante que está allí de atalaya? Se encaraman por su tronco las ramas de un tierno sauco, y á su sombra hay un gallo que escarva la tierra buscando regalo para sus gallinas. Ahora estamos ya cerca de la iglesia. Se halla colocada en lo mas alto de la colina, junto á una robusta encina, que tiene sin embargo carcomida la mitad del tronco. Por aquí enfrente está la fragua del herrero, y arde el fuego en ella, y se oyen de todas partes los golpes repetidos del martillo sobre el yunque. ¡Ea! ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Hasta que lleguemos al castillo!»

Y todo esto, lo decía la muchacha sentada en un extremo del palo, y en el otro cabalgaba el niño, y todo lo veía pasar á punto como se lo decía su compañera, á pesar de que ni uno, ni otra, ni el palo en que cabalgaban, se moviesen lo mas mínimo, y de que estuviesen todos como antes en la pradera. Despues de esto, se apearon y estuvieron paseando cogidos del brazo por las sendas tortuosas, y la muchacha se quitó unas flores de sauco que llevaba puestas en la cabeza, y las plantaron, y al momento nacieron los arbutos y dieron flor, lo mismo que hemos dicho que hacian el marinero y su esposa cuando eran niños todavía. Tambien anduvieron juntos viajando, aunque esta vez no fué hácia la torre, ni hácia Fridrichsberg; sino que la muchacha cogió el brazo del niño, se lo puso alrededor de la cintura y se le llevó á correr tierras.

Durante su viaje pasaron estío y otoño, é invierno y primavera, y veía el niño deslizarse por delante de sus ojos mil y mil variadas imágenes, que se le quedaban grabadas en el corazón, mientras que la muchacha le iba cantando estas palabras: «nunca podrás olvidar esto.» Y entretanto el árbol despedía un perfume todavía mas oloroso.

—¡Qué hermoso está todo esto en la primavera!—decía ella cuando pasaban por cerca de una cueva, alrededor de la cual los lirios del valle esparcían su esquisito aroma.— ¡Ah, si siempre durase la primavera en los olorosos prados de Dinamarca!

—¡Qué hermoso está esto en el verano!—exclamó mas tarde, al pasar por cerca de los muros del antiguo castillo del señor de aquellas tierras, y viendo los almenados aleros reflejados en las aguas del canal, en donde revoloteaban los cisnes y se levantaban á mirar las largas calles de venerandos álamos.

En los campos movíanse los dorados trigos, como las olas del lago; en las bondonadas crecían gayas flores amarillas, y en los sotos lúpulos silvestres y amapolas. Por la noche la luna parecía roja y redonda, y las haces de heno de los prados estendían á lo lejos su olor agradable. Imposible era olvidar semejante escena.

—¡Qué hermoso está esto en el otoño!—volvió á exclamar la muchacha.

Y entonces la atmósfera se manifestaba doblemente azul y elevada y los bosques se hallaban pintados con matices azules, amarillos y verdes. Las jaurías estaban en la caza, y las bandadas de pájaros volaban por encima de los encantados bosques, en donde se aferraban los arbutos de las moras á los añejos peñascos. El mar era de color azul oscuro, y estaba lleno de velas blancas. En las eras estaban sentadas las viejas, las muchachas y los niños, escogiendo lúpulos y poniéndolos en una gran tina. Las jóvenes cantaban canciones y las viejas contaban cuentos de brujas y de magos. No podía darse un espectáculo mas agradable.

—¡Qué hermoso es esto en invierno!—exclamó por cuarta vez la muchacha.

Y todos los árboles estaban cubiertos de escarcha; de suerte, que parecían de coral blanco. El hielo crujía, al pasar por él, como cruje un par de zapatos nuevos, y las estrellas lucientes iban una tras otra animando el cielo. El árbol de Navidad se levantaba alegre en el interior de las casas, y estaba colgado de adornos y de dádivas. En los campos oíase el sonido de los violines debajo del techo de los aldeanos, y hasta el niño mas pobre exclamaba:

—¡Qué hermoso es el invierno!

Y hermoso era en efecto todo lo que la muchacha iba



El naufragio.

haciendo ver á su compañero, mientras que el árbol no cesaba de despedir su hechicera fragancia y ondeaba en el aire la bandera roja con una cruz blanca, bajo la cual habia navegado el viejo marinero. El niño creció hasta ser ya mozo, y tuvo que ir á correr el mundo, y á ver las tierras en donde nace el café. Pero al despedirse de él la muchacha, desgajó una de las flores de sauco de un ramillete que llevaba al pecho, y se la dió, como talisman; y él la puso en su libro de oraciones, y siempre que lo abria en países lejanos, hacíalo por la página en donde se hallaba la flor, y cuanto mas la miraba, mas fresca y lozana parecía; y oliéndola, olía todo el aroma de un jardín dinamarqués. Y hasta veía á la muchacha, que se asomaba por entre las hojas con sus ojos azules y su mirada encendida, diciéndole: «¡Qué hermoso es esto en verano, y en otoño, y en invierno, y en primavera!» Y mil visiones agradables se sucedían entonces una tras otra en su encantada fantasía.

Pasaron muchos años, y el mozo llegó á ser viejo, y estaba sentado con su esposa á la sombra de un frondoso sauco. Se apretaban uno á otro la mano, como hemos visto que lo hacian su abuelo y su abuela, y como ellos conversaban de sus tiempos pasados. La muchachita, con sus ojos azules y su guirnalda de flores se hallaba sentada arriba del árbol, y sonriendo les dijo:

—«Hoy es el día de las bodas de oro.»

Y cogió dos flores: se las dió, y les besó á entrambos, y las flores parecían sucesivamente ya de oro, ya de plata; y cuando la niña se las colocó en la cabeza, se convirtieron en coronas de oro. Y permanecieron allí sentados, como rey y reina, debajo del árbol oloroso; y él iba contando á su anciana esposa la historia de la vieja hechicera, como se la habian contado cuando era niño. Y ambos creyeron que era su propia historia.

—Si; así es;—dijo la niña, desde el árbol.—Unos me llaman vieja hechicera, otros driada, otros bruja; pero mi verdadero nombre es Memoria. Yo soy la que estoy sentada en lo alto del árbol, mientras este crece y crece, y recojo todo lo que sucede, y puedo luego decir muchas cosas que han sucedido. Vamos á ver si habeis conservado hasta ahora la flor de sauco.

Y el viejo abrió su libro de oraciones y allí estaba la flor tan fresca y olorosa como el día que allí la habian puesto, y la niña hizo con la cabeza una señal de aprobacion.

Y los dos viejos con sus coronas se quedaron un rato en silencio y... se durmieron... y despues de esto... se acabó el cuento.»

El muchacho con su catarro, se hallaba todavía en la cama, y no sabia si habia soñado, ó si habia estado oyendo una conseja. La tetera estaba sobre la mesa; pero sin hojas de té; y no habia árbol alguno que saliese de ella, y el anciano que habia contado el cuento acababa de salir del cuarto.

—¡Qué bonito era!—dijo el muchacho.—¡Mamá! ¡He viajado por tantos países calientes, y he visto tantas cosas!

—No lo dudo—contestó la madre,—cuando uno ha estado dos horas con fiebre ardiente y se ha bebido cuatro ó cinco tazas de té caliente puede haber viajado por tierras muy cálidas.

Y le arropó bien para que sudase y pasase la noche tranquilo.

—Tú estabas durmiendo profundamente mientras yo estaba disputando con él si era todo esto una historia ó una leyenda.

—¿Y dónde está la vieja hechicera?

—En la tetera, y allí la vamos á dejar.

PENSAMIENTOS.

La franqueza para ser una virtud debe estar regulada por la prudencia, sin la cual es una patochada, una imbecilidad.

El que se permite decirlo todo, da derecho á que se le conteste cualquier cosa.

El espíritu se deja mas bien seducir por el amor propio, que persuadir por la razon.

LOCUCION HISTÓRICA.

ESTAR BAJO LA ESPADA DE DAMOCLES.

Cuando una persona está amenazada de un peligro inminente, suele decirse que está bajo la espada de Damocles. Hé aquí el origen de esta locucion:

Damocles era uno de los cortesanos adúladores de Dionisio de Siracusa, llamado el Tirano. En todas ocasiones celebraba sus riquezas, su magnificencia y sobre todo su felicidad. Dionisio le invitó cierto dia á asistir á un espléndido convite, en el que fué obsequiado y servido como un príncipe. Mas á lo mejor de la fiesta levanta los ojos Damocles, y ve con asombro que sobre su cabeza colgaba del techo una espada desnuda, solo sostenida por una cerda de caballo. Horrorizado del peligro en que se encontraba, pidió permiso para retirarse, mas no lo hizo sin conocer por medio de aquella ingeniosa alegoría, que la existencia de un tirano no era tan feliz como él un dia habia creído.

A este pasaje histórico alude Horacio en una de sus mas preciosas odas, diciendo:

«Districtus ensis cui super impia
Cervice pendet, non Sicula dapes
Dulcem elaborabunt saporem.»

Y un romance de Juan de la Cueva escrito sobre este mismo asunto, concluye:

—Dime, Damocles,
¿Qué es lo que me has alabado
La suerte de verme rey,
Si á muerte estoy tan cercano?
¿No es mejor pobreza honesta
Que imperio con tal cuidado?

V. JOAQUIN BASTÚS.

RAMILLETE FILARMÓNICO

PARA PIANO.

La unánime aceptación con que el público ha recibido esta selecta coleccion de piezas de música, cuyo mérito tienen apreciado ya los inteligentes, nos ha decidido á repetir su anuncio, enumerando seguidamente las doce escogidas piezas que componen la coleccion, impresas con esmero en buen papel y con una magnífica portada.

La 1.^a Polka, titulada la Ausencia.—2.^a Redowa, la Primavera.—3.^a Polka, el Verano.—4.^a Polka, el Otoño.—5.^a Wals-Polka, el Invierno.—6.^a Redowa, la Veleidosa.—7.^a Polka-Mazurka, la Elegante de los salones.—8.^a Wals, la Camelia.—9.^a Polka-Mazurka, el Primer suspiro.—10. Wals, la Aragonesa.—11. Polka, ¡Flor tan bella... y con espinas!!—12. Redowa, la Linda.

Se hallan de venta al precio de DIEZ REALES en Madrid y DOCE en provincias, en el establecimiento litográfico de don J. J. Martinez, editor, calle del Arco de Santa María núm. 7, y se remiten á Provincias enviando el importe en libranza ó sellos de franqueo.

Por todo lo no firmado,
R. DE MENDOZA.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JUAN JOSÉ MARTINEZ.

MADRID.—1860.

Imprenta y litografía de D. Juan José Martínez,
calle del Arco de Santa María, núm. 7.